

La invisibilidad es un magnífico aliado para observar el mundo sin que nadie te moleste

ELENA FERRANTE



1

La primera vez que Valentina Reyes se volvió invisible estaba escondida en el armario de la limpieza de su colegio. Entonces tenía nueve años y se había metido allí, muerta de miedo, rezando para que su perseguidor pasara de largo sin descubrirla.

No había muchas posibilidades de que eso sucediera. El armario de la limpieza era pequeño y estaba abarrotado de trastos. Trató desesperadamente de encogerse en un rincón, consciente de que Kevin Ramírez la encontraría en cuanto abriese la puerta.

Oyó los pasos y las voces de Kevin y sus amigos en el corredor:

—¿Por dónde se fue?

—¿La ven? ¿La ven?

—Mira allá dentro, Kevin.

Los pasos se acercaron. Tina gimió, aterrada; la puerta se abrió con violencia, y ella cerró los ojos y se cubrió el rostro con las manos como si así pudiese escapar del haz de luz que la bañaba por completo.

Hubo un breve silencio. Tina no habló ni se movió, temblando ante la enorme presencia de Kevin frente a ella. Y entonces su voz resonó como el resoplido de un búfalo:

—No está, pana.

—¿Qué? ¿Cómo que no?

Otra cabeza asomó por encima del hombro de Kevin, y Tina, que había retirado las manos del rostro, se topó con las miradas de ambos chicos, llenas de rabia y frustración; pero, ante su sorpresa, ellos pasaron por alto su presencia y, con un gruñido de contrariedad, volvieron a cerrar de golpe la puerta del armario.

Aún sin poder creerlo, Tina oyó, entre los clamorosos latidos de su corazón, los pasos y las voces de los chicos, que se alejaban pasillo abajo:

—Bah... solo es una mocosa.

—Pero ¿y si después lo va sapeando por ahí?

—¿Esa? —se burló Kevin—. Si estaba cagada de miedo...

Tina inspiró profundamente, aún sin poder asimilar su buena suerte. No la habían visto. ¡No la habían visto!

Dio por sentado que se trataba de un increíble golpe de suerte. O de un milagro, quizá, aunque ella no creía demasiado en los milagros. Camila, su madre, solía decir que los milagros sí existían de verdad, pero que siempre les sucedían a otras personas. Nunca a gente como ellas.

En aquel momento, Tina no le dio demasiadas vueltas al asunto. Estaba ilesa, y eso era lo principal.

Se preguntó si sería capaz de esquivar a Kevin durante las dos semanas escasas que quedaban de curso. No iban a la misma clase; por lo que sabía, él estaba ya en sexto. Con un poco de suerte, aquel sería su último curso en el colegio, y Tina ya no tendría que volver a preocuparse por él.

Hasta aquella misma tarde, de hecho, Kevin Ramírez ni siquiera había sabido de su existencia. Para él y sus amigos, Tina era solo una niña de cuarto más. Demasiado insignificante como para que reparasen en ella.

Pero era amiga de Raquel Serrano.

Aquella relación, como casi todo en su vida, había comenzado de manera fortuita. El año anterior, la profesora las había sentado juntas el primer día de clase por alguna razón que Tina ya no recordaba. Durante las primeras semanas apenas habían cruzado palabra. Parecían muy diferentes por fuera; la piel morena de Tina contrastaba con el rostro pálido y salpicado de pecas de su compañera, enmarcado por una rizadísima melena pelirroja. Raquel, además, era alta y delgada, de miembros largos y desgarrados. En cambio Tina tenía el rostro redondo, melena lisa y oscura, estatura discreta y tipo indiscutiblemente latino. De no haber sido por sus ojos color avellana, que suponía que había heredado de su padre, habría parecido un clon en pequeño de su madre.

Las dos niñas daban por sentado que no tenían gran cosa que decirse. Sin embargo, con el tiempo se acostumbraron a su mutua presencia, acabaron por pasar juntas los recreos y por compartir parte del camino a casa a la salida del colegio.

El curso siguiente se buscaron en el aula para volver a sentarse juntas.

No quedaban los fines de semana ni en vacaciones, y Tina no sabía gran cosa acerca de la vida o la familia de su amiga. Raquel no hablaba mucho de sí misma, pero tampoco hacía preguntas. Probablemente las dos tenían muy claro lo que eran para la otra: apoyo y compañía en un entorno que no comprendían del todo y que a menudo las superaba.

Para entonces, todo el que había reparado en ellas alguna vez se había acostumbrado ya a verlas siempre juntas. No era el caso de Kevin y sus amigos, que se sentían muy por encima de los niños de cuarto. Para ellos, Raquel no existía... hasta que una tarde, a primeros de enero, coincidieron con ella y con Tina en el quiosco.

Las dos niñas habían salido del colegio hablando de lo que habían hecho en vacaciones de Navidad. Tina no tenía

mucho que contar, pero Raquel, rompiendo su habitual discreción, le relató entusiasmada que ella y sus padres habían pasado unos días en el pueblo de sus abuelos.

—¡Hacía muchísimo tiempo que no veía a mis primos! —prosiguió—. Hemos celebrado mi cumpleaños todos juntos.

Tina no dijo nada. Ella había pasado las Navidades con su madre, que era la única familia que tenía. Si le quedaba algún otro pariente, debía buscarlo en Colombia, de donde Camila había llegado diez años atrás. De su padre no sabía ni el nombre. Solo que era español y que las había abandonado a ambas cuando Tina era apenas un bebé, pese a que Camila había emigrado a España solo para estar con él.

—Ojalá hubieras estado allí —dijo entonces Raquel, y Tina la miró sorprendida—. ¡Ya sé! ¡Vamos a celebrarlo juntas con unas chuches!

—No sé... —respondió ella, insegura de pronto, mientras su amiga la arrastraba hacia el pequeño quiosco que había delante del colegio.

Tina no solía entrar allí, salvo cuando acompañaba a su madre, que tampoco lo visitaba muy a menudo. Pero aun así se había acostumbrado a ignorar deliberadamente los estantes de las chuches, porque sabía que no podían permitirse gastarse el dinero en «frivolidades», como decía Camila. Trató de explicárselo a Raquel, pero su amiga ya se las había arreglado para deslizarse hasta el mostrador, esquivando a Kevin y a uno de sus amigos, que estaban mirando las portadas de las revistas masculinas y haciendo comentarios groseros sobre las modelos que posaban en ellas.

—Disculpe —le dijo Raquel al dueño.

El señor Damián no prestó atención. Estaba mirando a los dos chicos mayores.

—¿Habéis acabado ya? —gruñó—. Si no vais a comprar nada, podéis largaros con viento fresco.

Tina aprovechó para alcanzar a Raquel y le susurró:

—Vámonos, Raquel; no tengo dinero.

—¡Pero yo sí! —exclamó su amiga alegremente; se sacó del bolsillo un billete de veinte euros y añadió—: ¡Te invito a chuches!

Tina se quedó muy sorprendida. Jamás había tenido en sus manos un billete como aquel, y la posibilidad de que su madre le diese veinte euros para gastarlos en chuches no se le habría pasado por la cabeza ni en sus más atrevidos sueños. Se volvió a mirar a los chicos instintivamente, y descubrió algo que encendió todas sus alarmas.

Kevin, que se disponía a replicar al señor Damián, se había quedado parado, con los ojos fijos en el billete que sostenía Raquel y una inquietante expresión en el rostro.

—¿No me habéis oído? —insistió el quiosquero—. ¡Largo de aquí!

El chico sonrió como un tiburón.

—Lo que usted diga, *man* —replicó burlón.

Tina se estremeció, mientras su amiga, ajena a todo, señalaba las golosinas que iba a comprar.

—¡Mira, tienen moras! ¿A ti cuáles te gustan más, las rojas o las negras?

Kevin y su amigo habían salido ya del quiosco, por lo que Tina respondió, aliviada por haberlos perdido de vista:

—No lo sé, no las he probado nunca.

—¿No? ¡Pues eso hay que solucionarlo!

Tina trató de resistirse, pero Raquel insistió en que aquel dinero se lo había dado su abuela precisamente para que invitara a sus amigas por su cumpleaños.

No tardó en olvidarse de Kevin y su ominosa mirada. Y quizá ese fue el problema: que no le costó apartarlo de su mente porque creyó que le bastaría con mantenerse fuera de su camino para no tener problemas con él.

No obstante, por alguna razón que se le escapaba, desde aquella tarde de chuches compartidas su relación con Raquel se fue deteriorando poco a poco. Ella lo atribuyó en un principio a que su amiga faltó a clase unos días, debido a una gripe o algo similar. Cuando volvió, Tina la notó pálida y más reservada que de costumbre, pero pensó que se debía a que aún se estaba recuperando de su enfermedad.

Sin embargo, Raquel se mostraba cada vez más distante, con ella y con el resto del mundo en general. Tina llegó a preguntarle si acaso estaba enfadada con ella; pero Raquel respondió que no, y la niña no volvió a insistir.

Para cuando Kevin Ramírez se cruzó de nuevo en su camino, Tina apenas tenía ya relación con Raquel, salvo por el hecho de que seguían sentándose juntas en clase. Ni siquiera compartían ya el camino de vuelta a casa; Raquel había tomado por costumbre quedarse un rato en la biblioteca después de clase para hacer los deberes. Decía que así se concentraba mejor.

Tina no se detuvo a indagar por qué una niña que sacaba buenas notas necesitaba hacer horas extras en la biblioteca. Hasta el día en que la verdad le explotó en la cara de la peor manera posible.

Aquella tarde había vuelto al colegio después de las clases al darse cuenta de que se había llevado a casa por error un libro de texto de Raquel. Al llegar al centro la buscó en la biblioteca para devolvérselo, pero no la encontró. Tina se encaminaba ya a la salida cuando, de pronto, oyó la voz de su amiga en un pasillo, y se apresuró a doblar la esquina para reunirse con ella.

Se quedó paralizada de miedo.

Allí estaba Kevin Ramírez, flanqueado por dos de sus amigos. Habían acorralado a Raquel contra la pared. La niña lloraba, muy asustada.

—Os juro que no tengo más... por favor, dejadme en paz —suplicaba.

Los chicos se rieron de ella cruelmente.

—No te creo —replicó Kevin con desprecio—. Ya me estás dando la plata, niña, o tendrás problemas. ¿Quieres ver lo que pasa si me cabreas?

—P... pero es que no tengo más —sollozó Raquel—. Mi madre ya sabe que le cojo dinero, me ha castigado...

Justo en ese momento, otro de los chicos descubrió a Tina y exclamó:

—¡Eh, eh! ¡Nos está espiando!

Los tres se volvieron hacia ella.

—¿Qué carajo estás haciendo aquí? —le preguntó Kevin con ira.

Los chicos se olvidaron momentáneamente de Raquel y avanzaron hacia Tina. Ella retrocedió unos pasos.

—Y... yo... y... ya me iba —tartamudeó, asustada.

—Tú no vas a ninguna parte.

Tina dio media vuelta y echó a correr pasillo abajo.

Oyó los pasos y las voces de los chicos, que la perseguían, y miró hacia atrás para ver si estaban muy lejos. Llegó a ver que los tenía a los tres detrás, y se le ocurrió que así Raquel podría escapar. Pero chocó de frente con otro niño, y ambos se precipitaron al suelo.

—¡Eh! —protestó el chico.

—Losientolosientolosiento —murmuró Tina, poniéndose en pie—. Me persiguen...

—¡Por allá va! —tronó la voz de Kevin tras ella.

No se entretuvo más. Dio un par de pasos cojeando por el dolor del golpe y echó a correr en cuanto pudo. Oyó a sus espaldas la voz del chico al que había arrollado.

—¡Eh, esperad! ¡Parad! ¿Qué vais a hacer? ¡Dejadla en paz!

Tina dobló la esquina y se encontró con un callejón sin salida. Trató de abrir la puerta de uno de los despachos, pero estaba cerrado.

Y fue entonces cuando se metió en el armario de la limpieza y, minutos después, se libró milagrosamente de la ira de Kevin Ramírez.

Cuando salió de allí, media hora más tarde, el pasillo estaba desierto. El instituto, también. Cruzó la verja justo cuando el conserje estaba a punto de cerrarla.

—¡Hey, hey, espabila, Maguila! —le soltó el hombre—. ¡Un poco más y te quedas a dormir aquí!

Tina le dirigió una sonrisa de disculpa y salió disparada, aún temiendo que Kevin y sus amigos la estuviesen aguardando detrás de la siguiente esquina.

Pero entró en casa sin novedad, tan asombrada por su buena suerte que apenas prestó atención a la bronca que le dedicó su madre por llegar tan tarde.

Durante las semanas siguientes, Tina acudió al colegio con cautela, haciendo todo lo posible por no cruzarse con Kevin en el patio ni en los pasillos. Su racha de suerte continuaba, y el chico no reparó en ella ni se molestó en buscarla. Cuando acabó el curso, Tina pudo respirar tranquila por fin: Kevin y sus amigos comenzarían la secundaria en septiembre y ella no volvería a verlos por el colegio nunca más.

Raquel, por otro lado, tampoco volvió a aparecer por allí. El día después del incidente en el armario de la limpieza, Tina observó con inquietud que su amiga había faltado a clase. Durante el primer descanso se atrevió a preguntarle a su tutora si sabía algo de ella.

—¿Está bien? —preguntó con ansiedad—. ¿Está enferma?

—No, que yo sepa —le respondió la profesora, lanzándole una mirada suspicaz—. Su madre ha llamado para decir que les ha surgido un imprevisto familiar y tienen que irse de viaje. Ha fallecido su abuela, parece ser.

—Oh, qué bien —se le escapó a Tina—. Quiero decir... —trató de rectificar—, que me alegro de que Raquel no esté enferma... pero no me alegro por lo de su abuela, claro... q... quiero decir... —tartamudeó, roja de vergüenza.

—Ya has dicho suficiente, Tina —la cortó su tutora—. Entiendo perfectamente lo que quieres decir. Está bien que te preocupes por la salud de tu amiga, pero eso no lo es todo. Seguro que ella estará muy triste por la pérdida de su abuela.

—Claro, muy triste —asintió ella con las mejillas ardiendo.

No volvió a preguntar por Raquel.

Los días pasaron; llegó el final del curso y su amiga aún no se había reincorporado a las clases, de modo que no pudo despedirse de ella.

Varias semanas más tarde, una calurosa mañana del mes de julio, se la encontró con su madre en el supermercado. Se acercó a saludarla con una sonrisa, pero se detuvo a medio camino, paralizada ante el gesto serio de Raquel. La contempló un momento, indecisa. Le pareció que estaba más pálida y delgada que antes, y se acordó entonces de que su abuela, la que le daba dinero para comprar chuches, había muerto.

—Hola —saludó con timidez.

Raquel la observó durante unos instantes y luego respondió con indiferencia:

—Hola.

Tina tragó saliva y dijo:

—Siento mucho lo de tu abuela.

—¿Lo de mi abuela? —repitió Raquel con extrañeza—. Ah, ya —concluyó por fin—. Gracias.

Hubo un tenso e incómodo silencio. Tina quiso preguntarle si podían quedar en vacaciones; pero Raquel no parecía dispuesta a darle conversación, por lo que al final se limitó a decir:

—Bueno, pues... ya nos veremos en el cole después del verano.

—No voy a volver al cole después del verano —replicó Raquel—, porque nos cambiamos de casa.

—¿Te vas a vivir a otra ciudad? —preguntó Tina sorprendida.

—No —respondió su amiga con cierta sequedad—, me voy a vivir a otro barrio.

Tina se quedó tan cortada que no pensó en pedirle su teléfono para mantener el contacto.

—Me tengo que ir, me están esperando —concluyó entonces Raquel, dirigiendo una mirada de reojo a su madre, que las observaba desde la sección de congelados con el ceño fruncido—. Adiós.

—Adiós —se despidió Tina, sin saber qué más decir.

—¿Quién era esa niña? —le preguntó Camila cuando se reunió de nuevo con ella.

—Raquel, una amiga de la escuela.

—Ah, ¿la que era tan amiga tuya y luego ya no quiso verte más?

—No es eso; me acaba de contar que se ha mudado y ya no vive en el barrio.

—Ah, pues mejor. Ya viste cómo te trató, como si no valieras nada. No quiero esa clase de amigas para mi hija.

Tina la miró perpleja. Era cierto que Raquel se había mostrado fría y cortante, y una parte de ella experimentó una cálida sensación de gratitud hacia su madre por salir en su defensa.

En el fondo de su corazón, sin embargo, intuía que había

algo que no encajaba. Y durante un momento quiso objetar alguna cosa, o al menos reflexionar sobre ello; pero entonces Camila cambió de tema, el instante pasó y ella ya no le dio más vueltas al asunto.

No volvió a ver a Raquel, ni en el supermercado ni en ningún otro sitio. En aquel momento dio por buenas todas las explicaciones: el fallecimiento de su abuela, el cambio de domicilio... cosas que pasan, circunstancias de la vida. El recuerdo de su amistad, por otro lado, se vio enturbiado por el extraño encuentro en el supermercado y el comentario que había deslizado su madre.

Solo algunos años después, cuando ya era mayor y más madura, fue capaz de leer entre líneas al revisar aquellos acontecimientos desde una óptica diferente. Comprendió entonces por qué la familia de Raquel había abandonado el barrio de forma tan precipitada, en busca de un lugar más amable para criar a su hija. Comprendió que lo que había visto aquella tarde en el pasillo del colegio no había sido un episodio puntual, sino que probablemente se había repetido durante meses hasta que alguien, quizá algún profesor o tal vez la propia Raquel, en un intento desesperado por escapar de aquel infierno, había dado la voz de alarma.

Lo que no comprendió fue cómo ella misma había podido estar tan ciega. Y se preguntó si no lo había visto porque era demasiado ingenua o porque no lo había querido ver.

2

Tina se las arregló para terminar la educación primaria sin meterse en líos ni llamar la atención de nadie. Acabó con notas discretas y un expediente más bien gris. Nadie esperaba grandes cosas de ella, lo tenía perfectamente asumido y actuaba en consecuencia; pero los profesores la apreciaban, quizá por la sencilla razón de que nunca daba problemas.

Aunque no se llevaba mal con nadie, no volvió a tener una amiga como Raquel, al menos en el colegio.

En el instituto, en cambio, conoció a Salima.

Fue durante el primer día de clase. Tina abordó su estreno en secundaria con el firme propósito de pasar desapercibida todo lo que pudiera. Estaba a punto de cumplir doce años y creía haber superado los acontecimientos que marcaron el final de su cuarto curso de primaria. Sin embargo, su madre no había dejado de recordarle durante las semanas anteriores que el instituto estaba lleno de chicos mayores, muchos de ellos potencialmente agresivos o peligrosos:

—Tú no busques lo que no se te ha perdido, Valentina. Que no se fijen en ti. Si haces tus tareas y no llamas la atención, no tendrás problemas.

De modo que allí estaba ella, dispuesta a ser invisible, en